

Una de las sendas del pensar fenomenológico más fructíferas y consideradas es sin duda la que trata de teorizar el «don». Autores como Henry y, sobre todo, J-L. Marion han hecho de la *Gegebenheit* husserliana cuestión ontológica, trascendiendo así el reino de lo eidético y epistemológico al que en un principio parecía estar circunscrita. Sin embargo, lo que no se ha ensayado todavía es la dimensión ética, más viva, que comporta su asunción. La presente obra de Francesc Torralba trabaja justamente en esta línea.

«Existe una perfecta ecuación entre la práctica del don y el ejercicio de la bondad» (p. 151), dice el autor al inicio del Epílogo. Esto significa que la imbricación de la cosmovisión donal y su praxis en la construcción de un mundo mejor para el hombre es para él una realidad. Y eso en un contexto de crisis, donde parece que el desmoronamiento de nuestro hábitat socio-económico cotidiano nos arrastra indefectiblemente a nosotros mismos, es ya decir «mucho». De ahí la urgencia de su planteamiento.

El libro ensaya una *lógica del don* en dos etapas: en primer lugar se centra Torralba en el estudio de la esencia del don, con su dinámica y alcance existencial, a partir de lo cual poder considerar, en segundo lugar, su tránsito al ámbito concreto de lo práctico («La vida del don», titula Torralba la segunda parte). La empresa no es fácil, pues «*el don, como el ser, se dice de muchas maneras*» (p. 7), lo que puede llevar a pensar que solamente en la irrestricta intimidad de cada individualidad es resoluble su polisemia. En cualquier caso, lo cierto es que el mismo hecho de existir nos convoca a meditar acerca de nuestro ser-dado. Los filósofos

así lo constatan, como bien lo reflejan los textos del ya citado Marion, Claude Bruaire o Marcel Mauss, todos ellos referenciados por el autor -tampoco deja de citar Torralba en este contexto la encíclica *Caritas in Veritate*. «Existir es un don» (p. 23): cada uno de nosotros se descubre en el reino del ser pudiendo perfectamente no pertenecer a él. Ante ello caben, ciertamente, diversas actitudes, que en el fondo desembocan en un dilema: o bien se asume la existencia y sus misterios o bien se ignora la «donación» ontológica sin querer percatarse de ello. Ser consciente de nuestro ser nos llama a un trabajo de clarificación vital indefinido, como lo ejemplifica S. Kierkegaard con su congoja existencial, filósofo muy cotidiano en los textos de Torralba (no en vano es uno de los mejores conocedores de la filosofía del danés en nuestro continente). Pero el autor reivindica también la alegría de existir, una disposición y actitud vital poco destacado por las filosofías que nos redirige a la vivencia última del misterio de nuestro estar en el ser.

Junto al percatarse de uno mismo comparece el ser del otro, dice Torralba, quien nos recuerda la permanente necesidad de 'ser' y 'ofrecer' cuidado. En efecto, la contingencia existencial es el preámbulo ontológico de la frágil dinámica de las relaciones con la alteridad. La incertidumbre y la posibilidad de su no-ser así lo testifican. Si el relato del yo nunca agota la densidad y riqueza existencial que le antecede (el sí mismo), entonces también el otro es inapresable. Es un don y como tal hay que tratarlo y, sobre todo, atesorarlo. Dando voz a motivos típicamente levinasianos, el autor incide en la imposibilidad última de articular un relato aprehensivo de la (inter)subjetividad.

Todo ello tiene que ver, y mucho, con la libertad (motivo del cuarto capítulo de esta primera parte, «la esencia del don»). Aunque no hayamos elegido existir ni tampoco configurado el mundo ni lo que en él nos encontramos, sí estamos irremediablemente llamados a «elegir». Vivimos en la libertad, y aunque no lo quisiéramos así admitir, al boicotear o derivar toda responsabilidad en el elegir estaríamos ya ejerciéndola de algún modo (p. 43). Pero advierte Torralba

que desde la lógica del don, ser libre no consiste esencialmente en elegir, sino ante todo en liberarse. Es hacia dentro que la libertad se realiza (para luego, claro está, irradiarse hacia fuera de sí). Ser libre es, así, un ejercicio de audacia, de autoanálisis y escucha de la *vocatio* (San Agustín) que nos llama.

Obviamente el posibilismo que acompaña la existencia implica el reverso de la vida y su realización: la muerte y el sufrimiento. Estos «huéspedes inesperados» con los que tarde o temprano tendremos que habérmolas en nuestro caminar existencial nos superan y en las más de las ocasiones colapsan nuestra cosmovisión. Es, en esencia, lo que describe K. Jaspers que sucede con las experiencias límite. Por eso para Torralba hay que reivindicar la esperanza y el Misterio (ahora sí, en mayúscula) como imprescindible post- o «más allá» de su dura y casi siempre absurda realidad. Pero junto a esta actitud de apuesta por el «sentido de la vida» cabe un ejercicio activo y paciente en la gestión de semejantes dones «amargos». En vez de una retirada narcisista al ego, hay que tratar de aprovechar estas experiencias para poner en marcha la progresiva liberación antes referida. Porque es del «ego» de lo que debemos liberarnos, apunta repetidamente Torralba.

Si «*el don es fruto de una práctica de liberación*» (p. 61), es porque es un proyecto, una intención existencial, una dialéctica viva y por ende, sujeta a revisión. ¿Y qué significa liberar? Sacar fuera de sí, es decir, *ex-sistere*. Se cierra de esta manera el círculo de esta lógica: el descubrimiento de la vida, de la propia vida, convoca a cada uno de nosotros a ser lo que es, a analizar y reconocer lo que dentro de su seno «hay», «encuentra», para luego desencadenarlo y permitir su irradiación y entrega al prójimo, al otro. Autoanálisis, autodonación y liberación conforman la tríada de elementos imprescindibles de la lógica del don. Toda experiencia y forma de vida deberá tomar partido por una de las «ontologías fundamentales» posibles: o bien por una lógica del ego o bien por una lógica del don.

La segunda parte de la obra se centra, como hemos dicho, en algunas concreciones

de esta lógica. No cerrando los ojos a la compleja situación cotidiana de nuestro contexto, Torralba hace referencia a la crisis de la razón instrumental, y en consecuencia a la del mercantilismo, contemporánea. De nuevo los ecos de *Caritas in Veritatem* resuenan con fuerza. Frente a la desmesura de la razón instrumental, más preocupada de maximizar el beneficio a costa de la concordia y la contemplación desinteresada de lo que nos es dado, debe erigirse una razón creadora y vitalista que incida en la gratuidad como vector fundamental de su pensar. De ahí emanarán valores como la reciprocidad, el intercambio genuino o la civilización del amor, que para Torralba son los ejes de la plasmación de la lógica del don. «Lógica» porque no es un movimiento impulsivo, irracional y acrítico, sino una razón sólida y crítica que, eso sí, trasciende la acepción de mero cálculo (*ratio*). «Don» porque supera la economía de la auto-perseverancia trascendiendo asimismo el juego calculado de beneficios y costes.

Centrado más en un nivel intersubjetivo, el autor nos recuerda que uno de los aspectos más difíciles de la praxis de lógica del don tiene que ver con el perdón (capítulo décimo). El ciclo de la venganza, del imperio del ego, se rompe con la apertura del amor y una de sus manifestaciones: el perdón. El perdón acaece sin más, abriendo nuevos horizontes y ensanchando una perspectiva vital que se había angostado. Pero para perdonar hay que recordar. «*Perdón es una forma de memoria que procura el control sobre el pasado*» (p. 99), de ahí su dificultad. No es, como seguramente muchos preferiríamos, correr un tupido velo, hacer ver «como si» algo no hubiera sucedido. Todo lo contrario. Es una decisión personal que nace de una profunda redención de la memoria más allá del resentimiento que asola los límites de nuestro querer y sentir. Si el perdón es un don, seguramente la capacidad de perdonar no lo sea menos.

La obra se cierra con cinco capítulos que tratan otros aspectos igualmente esenciales a la praxis del don y un epílogo retrospectivo. El trabajo y el deseo de dejar huella entre los semejantes, el valor de educar y la valentía de apostar por la esperanza

y el descentramiento que implica [«educar es, además de dar, enseñar a dar», apunta Torralba (p. 118)], el cuidado como expresión privilegiada de una antropología fundamental que incide en el adagio kantiano de tomar al otro como «fin en sí mismo» o el irremplazable papel que juegan las estructuras de acogida (como diría Lluís Duch) en la vida (inter)personal y cotidiana, todas ellas convergentes en la vivencia de ser aceptado en una 'morada', en un casa (*oikos*), son elementos que para Torralba no puedan faltar en la consideración *donal* de la existencia. Y todo ello sin dejar de vislumbra el Horizonte final al que la lógica del don nos llama: el principio de gratuidad (capítulo quince). Si la metafísica da vueltas a 'por qué hay ser y

no más bien nada' es porque no somos razón suficiente de nuestro existir. Somos pregunta para nosotros mismos porque nadie nos ha preguntado acerca de lo fundamental: ¿por qué existimos? ¿qué es la realidad? ¿para qué el 'teatro del mundo'? A la hora de encararlas caben, ciertamente, diversas actitudes: angustia, alegría, esperanza. Pero para el autor es importante no perder de vista que el origen etimológico de 'gratitud' se halla en relación semántica con 'placer', lo que suscita, en última instancia, el emerger de la pregunta por el sentido del existir y el origen último de tal gratuidad vital. El vocablo 'Dios' comparece así como imprescindible Horizonte semántico de la lógica del don. — MIQUEL SEGURO